

17 diciembre

1927

El día en que nació
una generación
literaria



José Carlos
Mainer

taurus


SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)

[@editorialtaurus.es](#)



[@tauruseditorial](#)



[@megustaleer](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

LA ESPAÑA DEL SIGLO XX EN 7 DÍAS

Jordi Canal En toda historia de un país, unas fechas resultan más importantes que otras. Unos días empiezan o concluyen periodos, mientras que la mayoría no entran a formar parte del calendario a recordar. En algunos casos, un día es mucho más que un día, puesto que representa una época. A veces ello es evidente desde el mismo momento en que tienen lugar los hechos, en otras ocasiones no se asume hasta mucho tiempo después. El papel de la prensa y la radio, pero sobre todo de la televisión —el siglo XX analógico va a abrir las puertas de un siglo XXI que construye fechas-acontecimiento de forma sensiblemente distinta—, no es menor.

Esta colección de libros reconstruye la historia de la España del siglo xx a partir de siete días decisivos, una semana. No son cien años, puesto que hemos optado por un siglo xx algo más largo de lo normal, empezando en 1898, con la batalla que supuso el final del viejo imperio español moderno, y terminando en 2004, cuando, en un país modernizado y de consolidada democracia, se produce el mayor atentado de su historia. Unos son días de guerra, mientras que en otros casos se privilegian atentados terroristas o conatos de golpe de Estado, sin olvidar momentos clave para la sociedad española tanto en el terreno cultural como en el deportivo.

A partir de la narración de lo ocurrido en un día concreto de la historia de España se propone una aproximación al periodo, a las implicaciones nacionales e internacionales de los hechos y, asimismo, a la historia y a la memoria de aquella jornada. La aproximación micro se convierte en la clave de una comprensión macro. En los libros de esta colección se recupera una historia con fechas y acontecimientos —sin que ello represente un retorno a maneras del pasado—, en la que los hombres y mujeres de carne y hueso son los auténticos protagonistas y que, asimismo, sin ninguna merma de crítica y rigor, está sobre todo pensada para ser leída y disfrutada.

Tomás Pérez Vejo, José-Carlos Mainer, Pilar Mera, Antonio Rivera, Juan Francisco Fuentes y Mercedes Cabrera, todos historiadores conocidos y reconocidos, se unen a quien firma estas líneas para contar y analizar en siete libros, dedicados a otras tantas fechas, un centenar de años de nuestro pasado.

PRÓLOGO

La mayoría abrumadora de los siete días «que construyeron la historia de España» (y entre los que figura nuestro 17 de diciembre de 1927) están marcados por el signo de la violencia, lo que, por supuesto, no es ni un requisito de memorabilidad ni un rasgo dominante en la vida de nuestro país. Pero sí parece ser una indeseable partera que acompaña a menudo las encrucijadas históricas complejas; unas veces para entenebrececer la situación, como en 1936 o 2004, y otras para acelerarla hacia el porvenir, como sucedió en 1898 o en 1973. La excepción a la regla se confirma en esta colección, tanto en el volumen dedicado al *annus mirabilis* de 1992 como en este que trata de 1927 y que ha elegido como emblema la indiscutible maestría de artistas y escritores españoles del siglo pasado, que se dieron a conocer entre 1900 y 1930 (y que tienen como fondo una dictadura militar sin mucho porvenir político y bastante tolerante con sus súbditos).

Al comienzo del capítulo tercero y al final del quinto y último de este libro, se transcriben sendos jugosos textos de dos grandes autores, entonces todavía muy jóvenes: uno de Jorge Guillén en 1921 (cuando tenía veintiocho años) y otro de Francisco Ayala en 1931 (cuando tenía veinticinco). Ambos dibujaron con tanto aplomo como gracejo la impresión que tuvieron de los dos límites temporales que aquí he querido utilizar como marco de la acción: el final de la Primera Guerra Mundial, tras la que nada podía ser tan placido y seguro como antes, y el inicio de los años treinta, que traía el eclipse de la insolencia vanguardista y de la frivolidad divertida, y que no sobrevivieron ni a la crisis económica de 1929 ni a la presión de los totalitarismos emergentes.

Casi al final de aquel paréntesis, el 16 y el 17 de diciembre de 1927 el Ateneo de Sevilla invitó a un selecto grupo de escritores españoles a celebrarse a sí mismos, a la vez que festejaban el final del centenario del poeta barroco Luis de Góngora, a cuyo brillo casi todos ellos venían contribuyendo desde la primavera de 1926. Con ese obligado punto de paso, me he propuesto contar los caminos que los llevaron a esa fecha y algunos apuntes de lo que siguió después. Son notas de historia cultural que no olvidan tampoco el compás de espera de la vida política, sembrada de dictaduras en Europa, de hipócritas proclamaciones internacionalistas y de llamadas al orden: al orden fascista que se reclamará en Italia y Alemania, pero también al *ordine nuovo* que solicita el comunista italiano Antonio Gramsci. Los cambios estéticos empezaron a germinar entre 1900 y 1914 y, tras la guerra, se transformaron en la creatividad convulsa de los *roaring twenties*, que (como veremos) incluyeron también un *rappel à l'ordre*, que corrió por cuenta de Jean Cocteau. Con ese fondo estimulante, avanzó mucho la «profesionalización» de la vida intelectual, artística y literaria española, en el marco de una sociedad en expansión. Se produjo el bienvenido reencuentro de las letras españolas e hispanoamericanas, tras años de recelo mutuo, y también la progresiva adaptación de la cultura nacional a su contexto europeo, sin que se perdiera de vista el empeño de articular una noción de lo propio menos bombástica y cejjunta de lo habitual.

Este libro pretende contar esa historia centrándola en algunos personajes, en algunos encuentros importantes (y no sólo en el de Sevilla), en la presencia vivaz de hechos, modas o noticias que comentaron todos, en alguna trifulca reveladora que fue pasto de tertulias y también en algún recuerdo colectivo que se hizo nostalgia años después. Deliberadamente, no se habla aquí de la «generación del 27» (aunque su lenta y difusa revelación esté *un peu partout*: es un marbete que tiene más de memoria histórica que de

historia), ni de «la Edad de Plata» (término todavía novedoso como referente onomástico... y siempre impreciso), porque pretende narrar (que es reordenar mejor) más que clasificar (que siempre tiene algo de embalsamar).

A fin de cuentas, las páginas de este libro tienen bastante que ver con la contemplación de una vieja fotografía de aquel día decembrino en el que ya estaba implícito y bulleante casi todo... Pero por ellas planea también muy a menudo mi lejano recuerdo de aquel curso preuniversitario de 1960-1961 (centenario del nacimiento de Góngora), cuando el Ministerio de Educación Nacional decidió que la asignatura de Literatura se dedicaría a «Góngora y el *Polifemo*» (como la de Filosofía se consagró a algo tan sospechoso como «La libertad» y la de Geografía a un tema tan costista como «Hidrología de España»); eran paradojas del franquismo pero que lograron que me aprendiera de memoria casi todas las octavas polifémicas y que a mis dieciséis años supiera de un alegre homenaje que en 1927 se había tributado al gran poeta barroco.

A Jordi Canal, director de la colección, le debo (y le agradezco vivamente) haberme invitado a realizar ese grato viaje al pasado.

Zaragoza (y Azlor), junio de 2019

1

EL AÑO DE GÓNGORA ANTES DE 1927: LOS OTROS CENTENARIOS

Hubo un cambio importante... Hasta entonces, hasta 1927, los centenarios culturales habían sido celebraciones patrióticas que tenían un persistente olor a naftalina y nunca dejaban de patentizar las mostrencas intenciones ideológicas y políticas que las sustentaban. A partir de entonces, las que siguieron —Goya en 1928, Lope en 1935, Garcilaso y Bécquer en 1936...— fueron distintas.

El centenario de la muerte de Pedro Calderón de la Barca en 1881 había sido la primera convocatoria significativa. Coincidió con la consolidación de la restauración de la monarquía y precisamente en el año en el que su promotor y referente, Antonio Cánovas del Castillo, cedió la jefatura del Gobierno a Práxedes Mateo Sagasta, un liberal que había participado en la revolución de 1868 pero que, como el republicano Emilio Castelar, aceptó el nuevo régimen y la Constitución de 1876. Los fastos calderonianos vinieron a remolque del ejemplo portugués, que un año antes había conmemorado el centenario de la muerte de Camoens. Pero el recuerdo del autor de *Os Lusíadas* fue, a la hora de la verdad, patrimonializado por el activo republicanismo portugués en el que destacaba la figura del polígrafo y activista Teófilo Braga, que fue —aunque efímeramente— presidente de la república en 1915. No todos los progresistas de la activa «generación de 1870» vieron con buenos ojos aquella nostalgia del pasado, pensando que tenía bastante de autoabsolución histórica retrospectiva; más radical todavía que Braga, el gran poeta Antero de Quental había escrito a propósito de las *commemorações camonianas* que «há

nações para as quais a epopeia é a mesmo tempo epitáfio».

Los entusiastas españoles de Calderón de la Barca en el centenario de 1881 estaban muy envalentonados contra sus rivales y no tenían reparo alguno que oponer a la historia nacional. Sus órganos periodísticos —*El Siglo Futuro*, *El Correo Catalán*, *Revista Popular* ...— se apropiaron de la celebración e incluso reprocharon a los eruditos alemanes, inventores del calderonismo romántico, que se hubieran fijado más en los dramas filosóficos y pesimistas que en los más devotos autos sacramentales y en las edificantes comedias de santos. El 29 de mayo, en el famoso banquete del Retiro madrileño, el brindis del joven erudito Marcelino Menéndez Pelayo (que había publicado ese año el segundo volumen de la *Historia de los heterodoxos españoles*) no dejó lugar a dudas de que los católicos eran «los únicos que con razón y justicia y derecho podemos enaltecer su memoria»: «Brindo por la raza española, amazona de la raza latina, de la que fue escudo y valladar fortísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros las razas septentrionales». [1]

Y al año siguiente vino el centenario de Teresa de Jesús, que fue también del mismo tenor. Había comenzado mucho antes con una gran romería nacional —en el otoño de 1876— a la que el pontífice Pío IX dirigió un encendido discurso que aludió sin rebozo a los enemigos revolucionarios que España había conjurado en fecha reciente. Y llovía sobre mojado cuando en 1882 se celebró también el segundo centenario de la muerte del pintor Bartolomé Murillo, que en Sevilla dio pábulo incluso a peleas callejeras: la procesión sacroprofana que se celebró en su honor el domingo 21 de mayo de 1882 acabó a palos entre un grupo de estudiantes liberales y los que desfilaban, carlistas la mayoría, a la altura de la estatua del pintor en la plaza del Museo de Bellas Artes.

Nada bueno parecía presagiarse para conmemoraciones venideras. En 1905 llegó el tercer centenario de la publicación del *Quijote* que inventó y convocó un notable periodista popular y más bien liberal, Mariano de Cavia, al que habían hecho famoso sus crónicas taurinas y sus campañas en pro de la cultura pública (suya fue la falsa noticia del incendio del Museo del Prado, que pretendía interesar al público en su conservación: lo logró). Su llamamiento cervantino, que salió en las páginas de *El Imparcial* a finales de 1903, no registró, sin embargo, unanimidad de pareceres. A Ramiro de Maeztu le pareció altamente inoportuno celebrar como *libro nacional* una historia de fracasos; Miguel de Unamuno, pese a su pasión por el *Quijote*, no juzgó prudente traer y llevar al ingenioso hidalgo como signo de terne idealidad y promesa de regeneración. Y reiteró las razones de su «¡Muera don Quijote!» de 1898, que seguían latentes en el libro más perdurable del centenario de 1905: *Vida de don Quijote y Sancho*. Allí estuvo el ápice de la lectura trascendentalista y algo romántica de la obra, la canonización espiritual de sus personajes y, en cambio, el oscurecimiento de su autor, al que Unamuno consideraba muy inferior a su obra. El libro de don Miguel pretendía construir una suerte de *religión nacional* a medias entre el repudio de la política al uso, la exaltación del espíritu y el desdén estoico por el llamado *progreso*, con ánimo de convertir el masoquismo regeneracionista en una exaltación —muy *fin de siglo*— del irracionalismo y de la fe.

Pero las polémicas no pudieron detener los cultos tributados al que ya era libro nacional por antonomasia; de 1912 fue, por ejemplo, el decreto del ministro liberal Santiago Alba sobre la lectura escolar obligatoria del *Quijote*, luego reiterado por el conservador Natalio Rivas en 1920. El aparatoso conjunto monumental de la madrileña plaza de España, donde don Quijote parece en trance de parar un taxi, también tiene proyecto de 1920, que firmaron el escultor Lorenzo Coullaut Valera (que era sobrino del nove-

lista Juan Valera) y Rafael Martínez Zapatero y Pedro Mugu-ruza, como arquitectos. Ese mismo año fue el combativo José Ortega y Gasset —autor de unas inconclusas *Meditaciones del Quijote* en 1914— el encargado de desinflar el globo de la retórica, al comentar para *El Sol*, en la serie titulada «El Quijote y la escuela», el bienintencionado decreto de Rivas. Los argumentos son parecidos a los de Maeztu en 1903. No puede ser un libro infantil aquel en el que se habla de melancolía y del ayer: «Mi oposición a la escolaridad del *Quijote* no se basa en un practicismo miope. No me estorba el *Quijote* en la escuela porque sea un libro añejo, inadaptado a la realidad contemporánea; al contrario, me parece un libro de espíritu demasiado moderno para el ambiente de las aulas infantiles, que debe mantenerse permanentemente antiguo, primitivo, siempre entre luces y rumores de aurora», donde se haga patente el «sentido deportivo y festival de la vida». [2]

LA REINVENCIÓN ESTÉTICA DE ESPAÑA Pero por entonces —entre los decenios de 1890 y 1920— ya se había producido un notable cambio de percepción del legado cultural español; en rigor, fue una *reinvención estética* de España que ya no se construyó en función de las efemérides oficiales, sino por los hallazgos y los gustos personales de artistas e investigadores. En el espacio de esos treinta o cuarenta años, por ejemplo, se integró la figura de El Greco en la historia de la pintura nacional gracias a la devoción de un exquisito diletante, Santiago Rusiñol, al entusiasmo de un pintor ya internacional, Ignacio Zuloaga, y a la apasionada erudición de un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, Manuel Bartolomé Cossío, autor de un libro fundamental, *El Greco*, en 1908. A la par, y oscureciendo el prestigio popular de Murillo, otros estudiosos —como el pintor e investigador Aureliano de Beruete— dieron relieve al nombre de Diego Velázquez, y otros hicieron lo mismo con el de Francisco de Goya, que a lo largo de todo el siglo XIX había contado con una devoción preferentemente francesa. La exposición velazqueña que celebró el centenario del nacimiento del pintor en 1899, en las salas del Museo del Prado, antecedió a la que se dedicó a Goya en 1900, reunida entonces en la sede del recién creado Ministerio de Instrucción Pública.

Pero en esos mismos años también desplegaron una importante labor la arqueología y el estudio de las primeras formas de arte medieval. En 1905 Adolf Schulten empezó sus excavaciones de Numancia y en 1908 Henri Breuil y Hugo Obermaier iniciaron el estudio sistemático de las cuevas

prehistóricas del norte de España. Poco antes, en 1903, el estudioso local Juan Cabré emprendió sus trabajos sobre el arte rupestre de los abrigos levantinos (en el oriente de Aragón y en la provincia de Castellón), cuya estilización expresiva llamó poderosamente la atención de la nueva estética. Por su parte, Josep Pijoan publicó *Les pintures murals de Catalunya* en 1907 y fue el promotor de su recuperación así como de la exhibición pública en Barcelona de aquellas joyas del arte románico. Y Manuel Gómez-Moreno (que ya trabajaba en el censo y descripción de las iglesias mozárabes españolas) emprendió la colección de Catálogos Monumentales y Artísticos de España en 1901 con la publicación del *Catálogo monumental de Ávila*, al que siguieron los de Salamanca (1903), Zamora (1904) y León (1906). Todos incorporaron a la historia de arte peninsular nuevos capítulos y, sobre todo, una sensibilidad más abierta, en consonancia con la nostalgia de lo primitivo y la admiración por la expresión popular que fueron signo de una época y no solamente en España.

Pero el descubrimiento más importante fue el del paisaje natural y humano. La puntualización de ambos adjetivos es importante porque, lejos de la sensibilidad romántica, siempre enfática y convencional, se impuso entonces la inmediatez de reflejar lo que había a la vista, sin cielos tempestuosos ni vegetaciones casi tropicales; más acá de la minuciosidad escenográfica y sentimental, triunfaba el juego natural de la luz, el color atrevido, la mancha expresiva y el detalle vivaz; como se ha señalado a menudo, hubo un paisaje de blancos y azules restallantes y prodigiosos efectos de luz, como el de Joaquín Sorolla, frente a otro de tonos aborascados y crudos, delimitados por fuertes trazos oscuros, como los que ocupan los fondos de Ignacio Zuloaga; y también la pintura impresionista de Aureliano de Beruete que matizaba los ocres de la meseta castellana con tímidas manchas verdes, y los cuadros de Darío de Regoyos, de paleta más amplia y algo naïf.

Todos fueron amigos de escritores y estos aprendieron mucho de ellos. En 1902, en el capítulo XIV de su novela *La voluntad*, Azorín (que todavía firmaba con su nombre de J. Martínez Ruiz) había proclamado —por boca de su personaje Yuste— que lo que caracterizaba a la «literatura moderna» era «la emoción del paisaje», algo que en líneas posteriores demostraba al contrastar una descripción de Vicente Blasco Ibáñez, congestionada y colorista, pretenciosa y panorámica, con un punzante apunte paisajístico de Pío Baroja que venía a ofrecer todo lo contrario: detalle, impresión y sensibilidad. Joan Maragall, que tanto sabía de eso, había caracterizado un año antes a «La joven escuela castellana» (así se titulaba un artículo que dio a conocer en *La Publicidad*, de Barcelona) por su aguda percepción de las tierras de Castilla y por su repudio de la retórica al uso. No es casual que, en 1902, el poeta catalán saludara con entusiasmo la edición en libro de *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, que venía a colocar el nuevo patriotismo español lejos de las tramoyas historicistas y muy cerca de lo que había bautizado como «intrahistoria»: aquello que, como sucede en la permanente dialéctica marina de las olas agitadas y el plácido fondo abisal, permanecía indemne por debajo de la superficie de ambiciones, batallas y dinastías, y que se alimentaba del trabajo, de las humildes esperanzas y las sencillas creencias de las gentes.

Ya en 1898 Unamuno tenía la idea de escribir un libro de impresiones al aire libre, *Celajes y paisajes*, a la vez que otro de pensamiento, *Meditaciones evangélicas*. Ninguno de los dos apareció, pero sus esbozos dejaban bien claro el rumbo de su literatura más personal, entregada a la libre reflexión religiosa, al margen de la ortodoxia, y a la comunión espiritual con el escenario de la naturaleza, al modo de una estética romántica pero también *modernista*: con el espectáculo cambiante del cielo —«celajes»— y con el de la tierra —«paisajes»—. Su primer libro de este tema fue estrictamente contemporáneo de la edición en volumen de

los artículos *En torno al casticismo*, de la citada novela de Azorín, *La voluntad*, y de *Camino de perfección*, de Baroja, ambas tan admirablemente imbricadas en su contexto físico. *Paisajes* (1902) fue el escueto título que Unamuno dio a su breve volumen, modestamente editado por un librero salmantino. Luego vendrían dos títulos magistrales: *Por tierras de Portugal y España* (1911) y *Andanzas y visiones españolas* (1922). No es casual, por tanto, que años después el primer libro del joven Federico García Lorca, *Impresiones y paisajes* (1918), aprovechara las notas que había tomado de un viaje universitario que le llevó, desde Madrid, por tierras de Castilla, León y Galicia: la inmersión en la vieja España empezó a ser un rito iniciático que ha legado una larga bibliografía.

Pero el paisaje era propicio a otros tipos de comunión, más colectiva que íntima, con el territorio. El excursionismo y el montañismo —con su secuela inevitable de la práctica de la fotografía— se asentaron en España en los años noventa del siglo XIX, con bastante retraso sobre el resto de Europa. En 1893 un grupo de profesores y científicos constituyó en Madrid la Sociedad Española de Excursiones, aunque desde 1880 las excursiones por la montaña al noroeste de Madrid eran ya una práctica habitual de profesores y alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, que fue en 1886 el marco de la constitución de una Sociedad de Estudios del Guadarrama en la que hubo geólogos, geógrafos y naturalistas, además de aficionados. Ya en 1883, el propio director de la Institución, Francisco Giner de los Ríos, emprendió con sus alumnos una excursión por la sierra de Guadarrama que luego se prolongó por el noroeste de España y por Portugal, a lo largo de dos meses, alternando las caminatas y los recorridos en tren, siempre en modestos vagones de tercera. El excursionismo empezaba a ser una forma de fe laica y, a veces, no tan laica... En Cataluña, el excursionismo fue algo anterior y también una práctica ligada estrechamente al primer catalanismo político, a menudo

cercana a la movilización religiosa; su proyección patriótica se delata en el nombre de una madrugadora Associació Catalanista d'Excursions Científiques que se fundó en 1876 y que dio paso al todavía activo Centre Excursionista de Catalunya, que surgió en 1891.

La promoción del turismo fue la inevitable consecuencia mercantil y cultural de todo esto. En 1905 el gabinete liberal de Santiago Montero Ríos instituyó una Comisión Nacional para su estudio, que en 1909 impulsó el primer reglamento hotelero que España conoció. Pero más activo fue otro gobernante liberal, José Canalejas, que creó la Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística y encontró a la persona idónea para su gestión: Benigno Vega-Inclán, marqués de Vega-Inclán, militar de profesión pero muy aficionado a los asuntos y negocios artísticos; había publicado artículos de divulgación, compraba y vendía obras de arte y había adquirido y restaurado algunos viejos edificios toledanos que —con la denominación de Casa de El Greco— cedió al Estado en 1910. A su gestión como comisario regio se debió la creación del Patronato de La Alhambra, la restauración del Alcázar de Sevilla y del popular barrio de Santa Cruz, la adquisición y acomodo de la Casa de Cervantes en Valladolid y la creación del Museo Romántico en Madrid. Todo eso fue posible debido a que, en algunos órdenes, la monarquía alfonsina y un pequeño sector cultivado de la aristocracia dio la talla de una modernidad a la altura de su tiempo. En 1914, Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias, logró interesar a Alfonso XIII en la creación de Parques Nacionales, que fueron regulados por una ley promulgada a finales de ese año; los primeros espacios que se designaron así fueron los de la Montaña de Covadonga (hoy Parque Nacional de los Picos de Europa) y de Ordesa (hoy de Ordesa y Monte Perdido), ambos en 1918.

EN POS DE GÓNGORA: PRIMEROS SÍNTOMAS